

Neoliberalismo: producción de subjetividades, Estado y relación con el *Gestell*¹

Alberto Morán Roa

Las transformaciones económicas, políticas y sociales del último año, motivadas en parte por el profundo efecto de la crisis de la COVID-19², invitan a reflexionar sobre los efectos que estas tendrán en uno de los elementos centrales del capitalismo contemporáneo: el neoliberalismo. Con el objetivo de valorar este potencial, indagaremos acerca del componente constitutivo de subjetividades del neoliberalismo, apoyándonos para ello, principalmente, en *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, de Christian Laval y Pierre Dardot. Posteriormente, y con el objetivo de exponer cómo el neoliberalismo se desarrolla desde un determinado modo de relación con los entes, estudiaremos su relación con el *Gestell* heideggeriano.

1. Introducción

Las crisis han sido una constante en el capitalismo desde los años 70 del siglo pasado: su sucesión acumulativa y la manera en la que nos relacionamos con ellas —como espectadores, como víctimas, como testigos— han determinado nuestra vivencia de estas. El acceso a la información, la pérdida de agencia y el carácter de amenaza que les confiere una cada vez más extendida precariedad han configurado una década, la comprendida por los últimos diez años, que el periodista e historiador Andy Beckett caracteriza como «la era de la crisis perpetua»³: un periodo en el que las costuras de ámbitos muy diversos — político, social, ecológico, económico, cultural— muestran evidentes signos de tensión sin que se aborden los problemas radicales que originaron estas tensiones o, mucho menos, se planteen soluciones realmente transformadoras⁴. Sin esa asimetría entre pasado y futuro que, para Gumbrecht, «constituye el elemento central de la estructura del *tiempo histórico*»⁵, tiene lugar un tiempo social en el que «el presente se dilata tanto que ningún

¹ Este artículo ha sido escrito bajo el amparo de la beca predoctoral de la Cátedra Internacional de Hermenéutica Crítica HERCRITIA-Santander.

² Podemos destacar la aprobación de impuestos globales a las empresas, las decisiones conjuntas en materia de emisiones o los discretos pasos en dirección progresista por parte de la administración estadounidense, así como un aparentemente renovado sentimiento de comunidad a raíz de la crisis de la COVID-19 —a este respecto, resulta llamativo haber escuchado al primer ministro británico Boris Johnson negar la máxima thatcheriana por la cual no existiría la sociedad—.

³ <https://www.theguardian.com/society/2019/dec/17/decade-of-perpetual-crisis-2010s-disrupted-everything-but-resolved-nothing>

⁴ A este respecto podría argumentarse que el escepticismo contemporáneo hacia los grandes problemas de nuestro tiempo no concibe las clausuras definitivas, salvo la impuesta por el colapso —escenario que sí se contempla—. Esta actitud bien puede derivar en cinismo: desde esta perspectiva, la imposibilidad de una resolución genuina tornaría cualquier medida en una decisión parcial, provisional. Esta clase de decisiones difieren hasta tal punto de una auténtica solución que existe un término coloquial para ellas: «parche». Sin embargo, debidamente circunscrita, la idea de que no hay soluciones definitivas a los grandes problemas no tiene por qué derivar en derrotismo: poner el acento en comprender la solución como un proceso que tiene lugar en el marco de una dirección aglutinadora —el objetivo de un *Green New Deal*, en el ámbito ecológico, sería un ejemplo de esta clase de objetivos concretos dentro de marcos más ambiciosos— convierte las soluciones parciales en pasos.

⁵ Cf. Gumbrecht, H.U. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, trad. Lucía Relanzón Briones, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2010, p.47.

futuro transportado al presente es capaz de convertirlo en pasado»⁶. Esta es la cuestión a la que apunta Fredric Jameson cuando se refiere al «debilitamiento y virtual eclipse de [las fuerzas del pasado y del futuro] dentro de nuestro presente actual»⁷, hecho del que, de acuerdo con Jameson, habría de dar cuenta toda ontología del presente.

Pese a esta falta de perspectivas —o precisamente a consecuencia de ello—, el afán de cambio, de transformación, se deja ver en la prudente expectación que despiertan algunos de estos episodios. Quizá uno de los casos más notables fue la crisis de las hipotecas *subprime* —y sus réplicas a finales de la primera década de 2000—, en la que las consecuencias de los desmanes bancarios parecían anticipar una respuesta acorde a la gravedad de la situación. La vasta difusión de los análisis acerca de las causas de aquella crisis trasladó al ámbito de la discusión cotidiana un viejo término especializado, casi académico: «neoliberalismo». Ya entonces la perspectiva de una mayor regulación de la economía por parte del Estado parecía poner en aprietos a aquella supuesta causa subyacente, aquel elemento central. No fue así. ¿Acaso las medidas no fueron suficientes? ¿O más bien lo que se entendía como «neoliberalismo» no era sino un muñeco de paja conceptual? Una definición difusa invita a proyectar sobre el objeto toda clase de características que no le van de suyo: si se cae en ese sesgo, la decepción cuando las expectativas no se cumplen está servida, al ser el objeto que nos ocupa algo distinto de lo que habíamos supuesto acerca de él.

Es una tarea importante, por ello, aclarar toda caracterización difusa del neoliberalismo, que con frecuencia aparece como una mezcla de consignas, imágenes y descripciones que, en el discurso corriente, reúne las tendencias del capitalismo *laissez faire*, el retroceso del papel del estado, el emprendimiento como actitud vital o, para quienes remiten a la historia, el binomio político Thatcher-Reagan. Si bien algunas de estas intuiciones pueden apuntar en la dirección correcta, conviene arrojar luz sobre la definición de «neoliberalismo» y aclarar cuáles de estos aspectos le van de suyo y cuáles no. La claridad conceptual es un propósito meritorio en sí mismo, pero en este caso ofrece dos ventajas adicionales: proporciona un referente para todas aquellas perspectivas que deseen plantear una alternativa *real* y los criterios para anticipar, con un mínimo grado de solidez, hasta qué punto es el neoliberalismo vulnerable a uno u otro cambio. Este último punto es importante, a la vista de que, como decíamos al principio del texto, algunas decisiones recientes podrían interpretarse como antitéticas al neoliberalismo, pero conviene comprobar si lo son.

La tarea, por supuesto, no es pequeña, y tanto su complejidad como su extensión exceden por mucho lo que aquí puede llegar a desarrollarse. Se proponen, por tanto, dos objetivos más discretos, pero que aspiran a contribuir a este esfuerzo. En primer lugar, y después de llevar a cabo una presentación muy general de los aspectos centrales del neoliberalismo, se investigará en torno a dos de los más esenciales, identificados por el estudio de Laval y Dardot: la producción de subjetividades y el papel del Estado. Estos rasgos, centrales a la hora de considerar la operatividad neoliberal, deben adquirir el papel que le corresponde a la hora de valorar el potencial transformador de toda crisis: aquel cambio que se circunscriba a los aspectos auxiliares del neoliberalismo pero deje intacta esta entraña debe ser identificado como tal. El segundo objetivo, a renglón de una

⁶ *Ídem*, p.32.

⁷ Jameson, F. *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, trad. Horacio Óscar Pons, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004, p.179.

impugnación formulada por Laval y Dardot en el marco de este análisis, es tantear la relación entre el neoliberalismo y la noción heideggeriana de *Gestell*, con el propósito de investigar al primero en su radicalidad. Es ya habitual recurrir a la capacidad de adaptación del capitalismo, pero la guía heideggeriana quizá pueda proporcionar algunas pistas sobre las condiciones de posibilidad de dicha capacidad; cuál es el fondo al que tan fácilmente le resulta adaptarse.

2. La producción de subjetividades en el neoliberalismo

Como señalamos anteriormente, en la noción popular de neoliberalismo hay algunas características que apuntan a un afán de desbridamiento del mercado, a la desregulación y la supresión de trabas. La perspectiva de Hartmut Rosa es aquí útil para desvelar que este afán no es exclusivo del neoliberalismo, sino que constituye un medio por el cual se persigue el crecimiento económico inherente al carácter dinámico de las sociedades modernas⁸. Estas se encontrarían, por lo tanto «estructural e institucionalmente constreñidas a poner cada vez más mundo a disponibilidad, a colocarlo técnica, económica y políticamente al alcance»⁹, de ahí que la eliminación de todo límite aparezca como un rasgo esencial. Sin embargo, conviene diferenciar el neoliberalismo actual del ultraliberalismo austríaco, para el que toda injerencia estatal supone una suerte de imposición totalitaria. A este respecto, David Harvey propone una completa descripción que recoge su carácter dual: por un lado, la promoción de una desregulación que permite la existencia de mercado; por otro, la presencia de un Estado con el monopolio de la violencia que garantice su estabilidad¹⁰. No hay aquí contradicción sino, más bien, un disponer los fundamentos mediante la acción del Estado, que interviene activamente para garantizar aquello que Foucault denominaba una «gubernamentalidad». Como recogen Laval y Dardot, debemos a Louis Rougier la idea de esta «rehabilitación del Estado como fuente de autoridad imparcial frente a los particulares»¹¹.

Existen, por lo tanto, unos límites definidos por el Estado, que adquiere un papel determinante y activo: el desembridar y desregular solo tiene lugar dentro de aquel ámbito delimitado por el marco institucional. El motivo por el que se quieren garantizar las condiciones de mercado es porque, en el neoliberalismo, este se concibe «[como una ética] para todas las facetas de la acción humana»¹². Aquí Harvey apunta en una dirección acertada, al observar cómo desde esta perspectiva el mercado no es un ámbito neutro de intercambio, sino el espacio en el que debe desarrollarse el ser humano. El neoliberalismo parte de esta premisa hasta concluir que si el mercado es el ámbito de la ética, lo ideal es que cada persona se desarrolle *desde* el mercado. No habría alienación en una subjetividad

⁸ Rosa, H. *Lo indisponible*, trad. Alexis Gros, Barcelona, Editorial Herder, 2020, p.21.

⁹ *Ídem*, p.22.

¹⁰ «El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas. En Harvey, D. *Breve historia del neoliberalismo*, trad. Ana Varela Mateos, Madrid, Ediciones AKAL, 2007, p.6.

¹¹ Laval, C. y Dardot, P. *op. cit.*, 2013, p.82.

¹² Harvey, D. *op. cit.*, 2007, p.182.

constituida desde los parámetros empresariales, que mediante la lógica del mercado guiase su acción y su relación, en clave de gestión, con el mundo.

Así, encontramos una definición más completa de la mano de Laval y Dardot, que caracterizan el neoliberalismo como una racionalidad: esta noción permite acoger el componente ético mencionado por Harvey, la dimensión ideológica de despliegue retórico y las medidas político-económicas sin agotarse en ninguna de estas facetas. Los franceses suscriben el papel disciplinario que el neoliberalismo concede al Estado a la hora de establecer los parámetros del mercado, pero ahondan en estas funciones para revelar sus consecuencias más profundas:

El proceso de mercado, una vez instaurado, constituye un marco de acción. [...] Ya no es un «medio» dado de una vez por todas. [...] Es un proceso regulado que pone en acción mecanismos psicológicos y competencias específicas. [...] Y si no tiene necesidad, precisamente, de poderes externos reguladores, es porque tiene su propia dinámica. [...] El mercado se concibe, en consecuencia, como un proceso de autoformación del sujeto económico, como un proceso subjetivo auto-educador y auto-disciplinado mediante el cual el sujeto aprende a conducirse. El proceso de mercado construye su propio sujeto. Es autoconstructivo.¹³

Se trata, por tanto de «*formar* individuos adaptados a las lógicas del mercado»¹⁴; *plenamente* adaptados. El neoliberalismo es algo más que el establecimiento de una serie de normas o la disolución de estas: es el proceso de «construcción de una nueva subjetividad»¹⁵ que se desenvuelva íntegramente en la lógica mercantil por haber sido constituida por esta. En la terminología de Judith Butler, el neoliberalismo ejerce una *sujeción*, entendida como

el hacerse de un sujeto, el principio de regulación conforme al cual se formula o se produce un sujeto. Se trata de un tipo de poder que no solo actúa [...] como forma de dominación, sino que también activa o forma al sujeto.¹⁶

Podemos extraer dos conclusiones. En primer lugar, que el análisis del poder neoliberal haría bien en dar cuenta de su flexible axiomática, en la que se encuentran disciplinamiento y promoción de la libertad, intervención del Estado para configurar una esfera en la que no tiene permitido entrar. En su análisis sobre el neoliberalismo, Byung-Chul Han¹⁷, acierta al señalar que una de las principales características de este sistema es

¹³ Laval, C. y Dardot, P. *op. cit.*, 2013, p.140.

¹⁴ *Ídem*, p.191. Las comillas son nuestras.

¹⁵ *Ídem*, p.21.

¹⁶ Butler, J. *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, trad. Jacqueline Cruz. Madrid, Ediciones Cátedra, 2019, p.96.

¹⁷ Han emprenderá dicho análisis con *La sociedad del cansancio*, publicada en el original alemán en 2010. El filósofo de origen coreano concretó sus investigaciones sobre el poder —en ensayos como *Hegel y el poder* o *Sobre el poder*, publicados ambos en 2005— y la deriva (post)moderna del mundo, tras las huellas de Heidegger —en la mayoría de sus primeros trabajos, desde la publicación de su tesis doctoral hasta 2011—, en una serie de trabajos breves que daban cuenta de ese «neoliberalismo» tan en boga tras la mencionada crisis de las *subprime* y sus consecuencias en todo el mundo occidental —Han hablará por primera vez de «neoliberalismo» en *Topología de la violencia*, publicada en 2011—. Estos estudios en torno al neoliberalismo han disfrutado de una gran acogida en el público —así como numerosas críticas—. Toda recepción de estas reflexiones se beneficiaría enormemente de rastrear las premisas de sus planteamientos hasta aquellos trabajos tempranos que sientan las bases de sus conclusiones.

su carácter promotor, motivador e intensificador, su operatividad mediante juegos de seducciones y generación de dependencias¹⁸. Sin embargo, su análisis se resiente a causa de su celo categorizador y a la herencia del enfoque adoptado en sus ensayos tempranos, en los que se prescinde de un análisis detallado de las estructuras políticas en favor del contraste general entre cosmovisiones y fundamentos metafísicos¹⁹. Así, Han no da la debida cuenta del papel del Estado en el neoliberalismo. Esto le lleva a situar al neoliberalismo en el segundo polo del par conceptual «disciplinamiento-promoción»²⁰, pasando por alto las violencias en las que incurre el Estado precisamente para garantizar la constitución del marco mercantil y, con él, la viabilidad de este sistema²¹.

No obstante, esto no significa que Han dé por enterrada toda forma de coacción: simplemente, en el régimen neoliberal esta se engendraría desde el sujeto contra el propio sujeto. De este modo, y en esto consistiría una de las grandes fortalezas del neoliberalismo, no habría una instancia externa y coercitiva contra la que rebelarse. A la operatividad neoliberal le iría de suyo la capilaridad, lo subrepticio, de modo que toda disputa se lleva a cabo en el terreno de juego del sujeto. Laval y Dardot apuntan en esta misma dirección, en mayor profundidad, cuando exponen que

se trata, a fin de cuentas, de hacer de tal modo *que la norma general de eficacia que se aplica a la empresa en su conjunto se traslade al plano del individuo* mediante una puesta al trabajo de la subjetividad destinada a incrementar su desempeño, planteándose su bienestar personal y la gratificación personal tan solo como consecuencia de este incremento²².

Este sistema, por tanto, no está ni mucho menos libre de coacción: lo que afirma Han es que esta sería el resultado del carácter promotor del neoliberalismo y su constitución de la subjetividad con arreglo a criterios empresariales —en palabras de Laval y Dardot— o de rendimiento —en las de Han—. Así, la máxima motivadora «tú puedes», como el paradójico imperativo «sé libre»,

produce coacciones masivas en las que el sujeto del rendimiento se rompe en toda regla. [...] El *tú puedes* incluso ejerce más coacción que el *tú debes*. La coacción propia es más fatal que la coacción ajena, ya que no es posible ninguna resistencia contra sí mismo. El régimen neoliberal esconde su estructura coactiva tras la aparente libertad del individuo, que ya no se entiende como sujeto sometido (*subject to*), sino como desarrollo de un proyecto²³.

El análisis de Han acierta, como hemos indicado, al subrayar el carácter generador y activador del neoliberalismo, al poner el acento en cómo sus coacciones se ejercen desde el sujeto contra el propio sujeto: este, constituido y guiado por imperativos, máximas y

¹⁸ Cf. Han, B-C. *Psicopolítica, Psicopolítica*, trad. Alfredo Bergés, Barcelona, Editorial Herder, 2014b, pp.29-30.

¹⁹ Sus dos primeros trabajos —*Heideggers Herz y Caras de la muerte*— son dos buenos ejemplos, así como sus estudios sobre el budismo zen —*Filosofía del budismo zen, Ausencia, Shanzai*—.

²⁰ En Han, *op.cit.*, 2014b, p.28.

²¹ A este respecto es esclarecedor el trabajo de Loïs Wacquant en *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad*, trad. Margarita Polo, Barcelona, Editorial Gedisa, 2012; en esta línea de análisis, pero circunscrita al ámbito español, contamos también con la aportación de Ignacio González Sánchez en *Neoliberalismo y castigo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2021.

²² Laval, C. y Dardot, P. *op. cit.*, 2013, p.348. Las cursivas son nuestras.

²³ Han, B.C. *La agonía del Eros*, trad. Raúl Gabás, Barcelona, Editorial Herder, 2014a, p.13.

seducciones, se vería abocado a la implosión del *burnout*. El componente esencial del neoliberalismo no sería, por tanto, ni la mera promoción del rendimiento mediante la liberalización de los cauces productivos ni la noción del mercado como espacio óptimo de toma de decisiones: sería la constitución de sujetos que, por sí mismos, operasen y se condujesen dentro de las lógicas mercantiles, como empresarios de sí mismos.

En lo que falla el análisis haniano, desde nuestra posición, es en no dar cuenta de la alternancia y co-determinación del disciplinamiento y la promoción: creemos que cuando nos referimos a estas dos formas de operatividad no estamos, necesariamente, ante dos polos conceptuales —y que, por lo tanto, un acercamiento a uno implique el alejamiento del otro, como si se tratase de un juego de suma cero—, sino, en el ámbito que nos ocupa, ante dos rasgos que se entremezclan, se co-determinan y se posibilitan el uno al otro. Esta concepción polarizada de los conceptos no da debida cuenta de un mutuo imbricarse en las sociedades contemporáneas que va más allá de la mera superposición. Por otra parte, la perspectiva haniana es ciega ante el papel del Estado y la imprescindible aportación de sus medidas disciplinarias, cuando no violentas, a la hora de constituir en marco en el que opera el neoliberalismo.

Habiendo desentrañado este rasgo fundamental, se está en una mejor posición para analizar de forma crítica el potencial transformador de los movimientos políticos, económicos y sociales que acontecen. Igualmente, cobran importancia las preguntas con respecto a esta constitución de subjetividades: cómo se producen, mediante qué mecanismos, qué agentes participan en ella, qué medidas pueden tomarse en lo individual y lo colectivo para contrarrestarlas, qué decisiones políticas pueden intervenir en este ámbito. Del mismo modo, podemos preguntarnos acerca de la relación de este desarrollo con la historia, o con la historia de la filosofía.

3. Relación entre el neoliberalismo y la noción heideggeriana de *Gestell*

En *¿Qué es un dispositivo?*, Giorgio Agamben define el objeto central de su texto como

todo aquello que tiene, de una manera u otra, la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivos.²⁴

Agamben concede tal importancia a los dispositivos que estos constituyen uno de los tres elementos de su ontología: para el filósofo romano, habría tres clases de seres; los seres vivos o sustancias, los dispositivos y, entre ellos, los sujetos²⁵. El dispositivo es, como recoge a partir de los estudios de Foucault en la década de los 70, «ante todo, [una] máquina que produce subjetivaciones y, por ello, también es una máquina de gobierno»²⁶. Comprobamos, por tanto, que la definición de «neoliberalismo» con la que venimos trabajando encaja con la noción de «dispositivo» que propone Agamben, pues en ambas cuestiones la producción de subjetividades se erige en elemento central. Sin embargo, Agamben establece otros vínculos, relacionando el dispositivo con la *oikonomía* cristiana y con el *Gestell* heideggeriano:

²⁴ Agamben, G. «¿Qué es un dispositivo», trad. Roberto J. Fuentes Rionda en *Sociológica*, año 26, número 73, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2011, p.257.

²⁵ *Ídem*, p.258.

²⁶ *Ídem*, p.261.

Los dispositivos de Foucault adquieren ahora una importancia mayor, en un contexto donde acaban de cruzarse las «positividades» del joven Hegel, pero también el *Gestell* del último Heidegger, en el cual la etimología está relacionada con aquella de *dis-positio*, *disponere* (el término alemán *stellen* corresponde al latín *ponere*). Cuando Heidegger, en *La técnica y el entorno* [*La technique et le tournant*], escribe que *Ge-stell* significa comúnmente «aparato» (*Gerät*), sin embargo, lo que entiende por este término es «el recogimiento de esa dis-posición (*stellen*) que dispone del hombre, es decir, que exige de él la revelación de lo real en el modo del mandamiento». La proximidad de este término con la *dispositio* de los teólogos, así como con los dispositivos de Foucault, llega a ser evidente²⁷.

Sin embargo, no creemos que la proximidad sea tan evidente, o que Heidegger esté hablando de dispositivos, tal como los concibe Agamben, cuando se refiere al *Gestell*. Laval y Dardot también critican esta tesis:

Comparar el dispositivo neoliberal con la (sic) *Gestell* del último Heidegger o, con la *oikonomia* de la teología cristiana del siglo II de nuestra era, como nos invita a hacer G. Agamben en *¿Qué es un dispositivo?* sería desconocer su carácter estratégico. [...] Los dispositivos se constituyen a partir de condiciones históricas siempre singulares y contingentes, por lo que tienen exclusivamente un carácter «estratégico», no «destinal» o «epocal»²⁸.

Aunque, como hemos señalado, discrepamos de la postura de Agamben, creemos que la crítica de Laval y Dardot también presenta problemas. De cara a analizar ambas posturas y poder arrojar algo de luz a la cuestión, conviene volver a ese Heidegger tardío y comprobar de qué estamos hablando cuando hablamos de *Gestell*.

Heidegger define el *Gestell* como una provocación conjunta dirigida tanto al hombre como al ser y que emplaza al primero a «poner en lugar seguro lo ente que se dirige hacia él, como la substancia de sus planes y cálculos, y a extender ilimitadamente tal disposición»²⁹; la manera, por lo tanto, en la que hombre y ser «se dirigen el uno al otro en el mundo técnico»³⁰. «Mundo técnico» se refiere aquí al mundo constituido por la deriva de la historia de la filosofía originada por el giro epistemológico y metafísico de Platón: esta torsión, por la cual la idea aparece como el fundamento que posibilita la *aletheia*³¹, habría derivado a su vez en la noción de verdad como adecuación, como conocimiento del ente, lo que a su vez habría incurrido en el olvido de la diferencia ontológica, así como en la primacía del pensar representativo y el cálculo. La técnica moderna, en cuanto modo de hacer salir lo oculto, configura en la actualidad «la forma de saber de lo ente en general»³²; dentro de este ámbito, el *Gestell* es «aquella interpelación que provoca, que coliga al hombre a solicitar lo que sale de lo oculto como

²⁷ Ídem, p.256.

²⁸ Laval, C. y Dardot, P. *op. cit.*, 2013, p.393.

²⁹ Heidegger, M. *Identidad y diferencia*, trad. Cortés, H. y Leyte, A, Barcelona, Editorial Anthropos, 1990, p.83.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Heidegger, M. «La doctrina platónica de la verdad», en *Hitos*, trad. Helena Cortés y Arturo Leyte, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

³² Heidegger, M. *Cuadernos negros. Reflexiones VII-XI, 1938-1939*, trad. Alberto Ciria, Madrid: Editorial Trotta, 2017, p.117.

existencias»³³, es decir, como aquello que está solicitado para que esté «inmediatamente en el emplazamiento y que esté para ser solicitado por otra solicitud»³⁴.

A este respecto conviene hacer algunas precisiones, y para ello nos apoyaremos en el propio Heidegger. En primer lugar, *Gestell* «significa el modo de salir de lo oculto que prevalece en la esencia de la técnica moderna, *un modo que él mismo no es nada técnico*»³⁵. Es decir, Heidegger se cuida de precisar que el singular emplazamiento de la técnica como modo de relación con el ser no es algo sujeto a cálculo, a planificación, a diseño. Insiste en ello en el semestre de invierno de 1951-1952³⁶ y en *Serenidad*, al afirmar que

los poderes que en todas partes y a todas horas retan, encadenan, arrastran y acosan al hombre bajo alguna forma de utillaje o instalación técnica, estos poderes hace ya tiempo que han desbordado la voluntad y capacidad de decisión humana porque no han sido hechos por el hombre³⁷.

Subrayémoslo una vez más: la provocación como modo de emplazamiento y de relación con el ser no es un constructo humano, no responde a intereses humanos y ha dejado de estar sujeta a las decisiones humanas. Como apunta Leyte, el hombre ya no tiene la técnica en la mano, «porque es ella que hace valer (ser) al hombre, pero que igualmente, hace valer (ser) al ser»³⁸. ¿Qué nos dice eso? Que no podemos equiparar *Gestell* con el neoliberalismo tal como lo definen Laval y Dardot, pues este último posee un carácter estratégico: efectivamente, surge de condiciones históricas concretas y contingentes, pero al mismo tiempo responde a un diseño, a una promoción. Aunque la operatividad del dispositivo hace que las decisiones dejen de percibirse como autónomas para plantearse como meras respuestas a un mandato incontestable, lo que aquí nos ocupa, el *Gestell*, no es en sí mismo algo planeado, algo «estratégico».

El neoliberalismo sería, más bien, una forma concreta, estratégica, histórica y contingente de la estructura de emplazamiento. Que Heidegger insista en la primacía de la esencia de la técnica en la deriva de la filosofía y la metafísica no quiere decir, o así lo interpretamos, que la manera en la que se concreta el modo técnico de relación con el ente tenga que ser necesariamente el neoliberalismo. El neoliberalismo es *una* forma de la estructura de emplazamiento, *una* forma surgida de la historia, sí, pero al mismo tiempo fundamentada por la esencia de la técnica moderna. Por lo tanto, Laval y Dardot hacen bien en subrayar el carácter estratégico del neoliberalismo —no hay más que volver a los magníficos capítulos en los que detallan la historia y constitución del neoliberalismo para comprender su origen—, pero su noción de *Gestell* nos lleva a hacer esta matización, que consideramos pertinente. En resumidas cuentas: el neoliberalismo no es equiparable a la *Gestell*, pero no exactamente por los motivos a los que apuntan.

³³ Heidegger, M. *Conferencias y artículos*, trad. Eustaquio Barjau, Madrid, Ediciones del Serbal, 1994, p.24.

³⁴ *Ídem*, p.21.

³⁵ *Ídem*, p.25.

³⁶ «Desde nuestro punto de vista la esencia de la técnica no es nada humano. Y sobre todo la esencia de la técnica no es nada técnico. La esencia de la técnica tiene su lugar en lo que ha de pensarse desde siempre y antes de toda otra cosa». En Heidegger, M. *¿Qué significa pensar?*, trad. Raúl Gabás, Madrid, Trotta Editorial, 2010, p.84.

³⁷ Heidegger, M. *Serenidad*, trad. Ives Zimmermann, Madrid, Ediciones del Serbal, 2002, p.25.

³⁸ Leyte, A. «Introducción» en Heidegger, *op. cit.*, 1990, p.46.

¿Qué hay de la tesis de Agamben, por la cual el *Gestell* estaría relacionado con los dispositivos foucaultianos y la *dispositio* cristiana? Para el italiano,

el vínculo que reúne todos estos términos es la referencia a una economía, es decir, a un conjunto de praxis, de saberes, de medidas y de instituciones cuya meta es gestionar, gobernar, controlar y orientar –en un sentido que se quiere útil– los comportamientos, los gestos y los pensamientos de los hombres³⁹.

Aparece aquí, o así lo consideramos, el problema: la falta de amplitud desde la que se concibe el *Gestell*. Las praxis, los saberes, las medidas y las instituciones son, de nuevo, *concreciones* del *Gestell*, los *medios* mediante los cuales los hombres emplazan y son emplazados. Pero el *Gestell* no es ninguno de estos medios, ni siquiera es el conjunto de esos medios, del mismo modo que el ser no es el conjunto de los entes. El *Gestell* es parte de la esencia de la técnica, una manera de relacionarse con el ser. Aunque *articula* esta o aquella institución, no *es* esta o aquella institución, y lo mismo con las medidas o los saberes.

Agamben menciona que el *Gestell* tiene una meta: gestionar comportamientos, gestos y pensamientos. Este término («meta») es problemático. La técnica plantea un modo de relación, por lo que tiene una operatividad, establece un modo concreto de desocultamiento, impone un encuentro particular entre hombre y ser. Pero decir «la técnica (o la estructura de emplazamiento) tiene una meta» invita a pensar o que ha sido concebida con arreglo a un objetivo, o que de algún modo se ha dado esa meta a sí misma. «Meta» evoca a direccionalidad teleológica, a límite alcanzable («línea de meta»). Las instituciones tienen metas, los dispositivos tienen metas. El *Gestell* no tiene meta, no apunta a ningún objetivo.

Heidegger señala que la edad moderna «se endereza a la completa disponibilidad de entrega y emplazamiento de todo lo que es, y puede ser»⁴⁰. Es decir: es la edad moderna, constituida y articulada por la técnica y su modo de salir lo oculto, el *Gestell*, la que se endereza, la que tendría, en cualquier caso, una aspiración, una direccionalidad. El *Gestell* es el fondo metafísico resultante de la deriva de la filosofía occidental, carente en sí mismo de dirección, que solo plantea inexorables modos de relación y desocultamiento. Así como la diferencia ontológica apunta a la diferencia radical entre el ser y los entes, nos encontramos aquí ante una diferencia radical entre la técnica y el *Gestell*, por un lado, y los dispositivos por otro. Estos últimos constituyen y guían el acto y la cognición humanas, construyen subjetividades, con arreglo a unos objetivos. Pero esos objetivos se constituyen a su vez por el fondo metafísico que les sirve de fundamento, y que aparece como su condición de posibilidad.

Dicho fondo no es, como insiste Heidegger, algo técnico: de ahí que la manera de rebasarlo no sea mediante la estrategia o la implantación de medidas, sino desde la meditación o el lenguaje poético. Para Heidegger, mientras no se modifiquen las concepciones de la verdad, el ser y el ente, puede que los sucesivos dispositivos sean distintos entre sí, pero estarán constituidos a partir de los mismos mimbres: sin una

³⁹ Agamben, G. *op.cit.*, 2007, p.256.

⁴⁰ Heidegger, M. *La proposición del fundamento*, trad. Jorge Pérez de Tudela y Félix Duque, Barcelona, Ediciones El Serbal, 1991, p.69. ¿Y no es complementario con esto la visión de Hartmut Rosa del afán hacia la plena disponibilidad como característica esencial de las sociedades modernas?

revisión de estos aspectos fundamentales, el fin del neoliberalismo solo abocaría a otra forma del *Gestell*, igualmente concreta, estratégica, histórica y contingente.

Bibliografía

- Agamben, G. «¿Qué es un dispositivo», trad. Roberto J. Fuentes Rionda en *Sociológica*, año 26, número 73, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2011, pp.249-264.
- Butler, J. *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, trad. Jacqueline Cruz. Madrid, Ediciones Cátedra, 2019.
- González Sánchez, I. *Neoliberalismo y castigo*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2021.
- Gumbrecht, H.U. *Lento presente. Sintomatología del nuevo tiempo histórico*, trad. Lucía Relanzón Briones, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2010.
- Han, B.-C. *La agonía del Eros*, trad. Raúl Gabás, Barcelona, Editorial Herder, 2014a.
— *Psicopolítica*, trad. Alfredo Bergés, Barcelona, Editorial Herder, 2014b.
- Harvey, D. *Breve historia del neoliberalismo*, trad. Ana Varela Mateos, Madrid, Ediciones AKAL, 2007.
- Heidegger, M. *Identidad y diferencia*, trad. Cortés, H. y Leyte, A, Barcelona, Editorial Anthropos, 1990.
— *La proposición del fundamento*, trad. Jorge Pérez de Tudela y Félix Duque, Barcelona, Ediciones El Serbal, 1991.
— *Conferencias y artículos*, trad. Eustaquio Barjau, Madrid, Ediciones del Serbal, 1994.
— *Hitos*, trad. Helena Cortés y Arturo Leyte, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
— *Serenidad*, trad. Ives Zimmermann, Madrid, Ediciones del Serbal, 2002, p.25.
— *¿Qué significa pensar?*, trad. Raúl Gabás, Madrid, Trotta Editorial, 2010
— *Cuadernos negros. Reflexiones VII-XI, 1938-1939*, trad. Alberto Ciria, Madrid: Editorial Trotta, 2017.
- Jameson, F. *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, trad. Horacio Pons, Barcelona, Editorial Gedisa, 2002.
- Laval, C. y Dardot, P. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, trad. Alfonso Díez, Barcelona, Editorial Gedisa, 2013.
- Wacquant, L. *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad*, trad. Margarita Polo, Barcelona, Editorial Gedisa, 2012